

El inconsciente freudiano. Una lectura.

Samuel Arbiser

Introducción

Muy pocos dudarían de la necesidad, para el psicoanálisis de nuestros días (segunda década del siglo XXI), de actualizar algunas de las concepciones canónicas de nuestra disciplina. El psicoanálisis no es una “verdad revelada” ni es un cuerpo teórico-técnico creado y acabado de una vez para siempre. Es una disciplina y una práctica que se fue desarrollando trabajosamente a lo largo del tiempo en una permanente interacción entre los desafíos clínicos y los sustentos teóricos para explicarlos; sustentos que, a su vez, se fundaron en los recursos epistemológicos y metodológicos accesibles, acordes a la evolución de los tiempos.

La noción de “inconsciente” no escapa a esta necesidad de actualización sino, por lo contrario, nos obliga muy especialmente a un reflexivo y desapasionado escrutinio; tanto por el hecho de constituir un sostén teórico fundamental sino, más aun, por su arraigo como hito fundacional y distintivo del psicoanálisis mismo: nuestro *shibboleth*. Referido a esto último, pretendo disipar –aunque en forma no exhaustiva– lo que entiendo como cierto halo “místico” o “sacralizado” que su mera mención despierta en muchos de los cultores de nuestra disciplina; pretensión que me llevó a utilizar intencionalmente términos que sugieren cierta insinuación crítica; a saber: “canónicas” para calificar la infiltración de cierto matiz religioso de las concepciones, o “verdad revelada”, ahora sí francamente religioso (mitos), para contrastarla con la verdad incompleta y siempre provisoria de los hallazgos científicos (logos).

Pretendo sentar mi opinión de que el grado de centralidad del con-

cepto de Inconsciente, inherente a los distintos modelos del “aparato psíquico”, está condicionado a las diversas concepciones que los múltiples y heterogéneos paradigmas psicoanalíticos sostienen respecto de la naturaleza de la operación analítica; y, atada a esta diversidad, a las diferentes versiones acerca de las metas terapéuticas. Sostengo que en nuestro tiempo la profusión de paradigmas es incontable y ya nadie puede erigirse ni proclamarse en el dueño, ni en el estandarte del “verdadero” psicoanálisis¹; y estos paradigmas abarcan un amplio espectro que parte –desde un polo– del modelo “arqueológico”, que implica una tarea *impersonal* de desciframiento de un texto preferentemente “escuchado”, hasta considerar –en el otro polo– la actividad analítica como una experiencia “intersubjetiva” o “relacional”; es decir una *experiencia interpersonal* correctiva en que la involucración (en diferentes grados) de la “persona” del operador terapéutico está descontada; en este último polo la noción de inconsciente –puedo exagerar– casi se esfuma².

En el intento de desarrollar estos tópicos, este trabajo se extenderá en dos secciones: en la primera, expondré mi convicción acerca de la decisiva significación que asigno a la construcción freudiana de la metapsicología que, de paso, deja trascender mi admiración por la capacidad de la especulación científica de su autor; en la segunda trataré de esbozar, a través de un recorrido “a vuelo de pájaro”, mi personal lectura de la evolución del concepto de inconsciente, especialmente tomando como guía la obra de Freud y algunos autores clásicos.

La necesidad de la metapsicología

En postrimerías del siglo XIX, Sigmund Freud, un aplicado e informado neurofisiopatólogo, debía enfrentar su práctica clínica en

¹ Sería, por otra parte, también deseable que los paradigmas adquieran vigencia siempre que se legitimen por el valor de su sostén epistemológico, metodológico y operativo. Si somos realistas, no podemos desconocer además en nuestra época, el poder del *marketing* y las modas que también motorizan la mencionada profusión de paradigmas.

² Asumo que esta diferenciación es propia y tiene únicamente una finalidad deliberadamente ilustrativa.

la vertiginosa atmósfera del mundo científico-cultural de su época; época de pujanza y cenit del “modernismo”, donde el prevaleciente rigor positivista se entrecruza con el romanticismo, e incluso hasta con el pragmatismo *cuasi* esotérico de la hipnosis, entre otras múltiples y contradictorias corrientes del pensamiento. En ese contexto, la audacia de este joven médico produce una primera y revolucionaria innovación; innovación que denomino la “decisión metodológica”; y ésta consistió en “interrogar” los síntomas de sus pacientes, soslayando así el habitual mandato de la doctrina médica tradicional que impone la búsqueda del camino más expeditivo para suprimirlos. Esta decisión fue –insisto– un giro copernicano en tanto que el abordaje biológico de la psiquiatría de su época, bastante magra en recursos –cabe reconocer– fue reemplazada por la “indagación” de las vicisitudes personales de la vida y las problemáticas derivadas de ellas a partir de los síntomas: “el infortunio ordinario” con que Freud remata el final de “Psicoterapia de la histeria” de su libro *Estudios de la histeria* (Freud, 1893/5). De este modo son objeto de consideración los inevitables conflictos propios de la condición del hombre inmerso en su hábitat sociocultural (Arbiser, 2013); condición exclusiva e inherente a la especie. Pero además de la audacia mencionada, lo que me interesa destacar en este artículo es que Freud sustentó sus novedosas experiencias clínicas en la laboriosa construcción de un monumental edificio teórico: su metapsicología. Aunque pueda parecer obvio, o aunque se pueda y deba debatir su vigencia, importa insistir con énfasis que, sin este ciclópeo emprendimiento, su decisión metodológica de abordar “el infortunio ordinario” se hubiese limitado solamente a una original e ingeniosa “artesanía”, o a uno más de los esotéricos recursos terapéuticos *alternativos*; y no en el ambicioso e irreversible proyecto disciplinar que se impuso en forma ponderable a lo largo del siglo XX; y que, tanto la metapsicología en particular como toda su obra en general, no sólo dieron fundado sustento racional a la actividad clínica del psicoanalista, sino que además operaron como una poderosa y revulsiva impronta que fecundó el pensamiento cultural de nuestro tiempo, tanto en las artes como en las ciencias, así como en las cosmovisiones filosóficas. Precisamente atinente a

la temática de este artículo –el Inconsciente– viene al caso recordar que Paul Ricoeur (1970) haya calificado a Freud, junto a Nietzsche y Marx, como uno de los tres “los maestros de la sospecha”, dado el cuestionamiento radical que ellos hacen –cada cual en su campo– de la centralidad excluyente de la “conciencia”; o sea, según este filósofo francés, sólo a partir de estos tres grandes pensadores se impuso y legitimó la pregunta: ¿cuál es la trama que existe detrás de lo manifestado o de lo visible?

Retomando la ilación, sostengo que la innegable trascendencia científica y cultural del psicoanálisis no hubiera sido posible sin este esfuerzo teorizante de su creador; matizado, secundado y reforzado –debe reconocerse– por sus primeros y talentosos seguidores: S. Ferenczi, K. Abraham y E. Jones, entre los más reconocidos. Esfuerzo que fue continuado, después de su desaparición, por los ricos y múltiples desarrollos en diversas direcciones, tanto convergentes como divergentes, que caracterizan, como ya fue mencionado, el múltiple y heterogéneo campo del psicoanálisis contemporáneo.

El inconsciente: de su centralidad a la periferia

Como lo he señalado al principio, ni es necesario aclarar que Freud no produjo su magna creación en un solo y repentino raptó de inspiración. Su obra abarca toda su extensa vida productiva; y el seguimiento en perspectiva de dicha obra permite vislumbrar un continuado y permanente esfuerzo en reformular los conceptos, enriqueciéndolos, subsumiéndolos en unidades más amplias o, más aun, desdiciendo o rectificando sus propias afirmaciones. En este último sentido siempre me resultó un rasgo revelador de su personalidad, firmemente coherente con su declarada adhesión a la ciencia y la inherente provisoriedad de sus verdades, cuando a los 70 años (Freud, 1926), en la plenitud de una vida exitosa, y ya reconocido mundialmente como un eminente e indiscutido “hombre de ciencia”, renuncia a la explicación “económica” de la angustia que él mismo había sostenido obstinadamente hasta ese momento, y adhiere a la explicación

“del prolongado desvalimiento de la cría humana”, *exclusivo* –por su dilatada extensión– del *Homo sapiens*. A mi juicio, no cabe duda de que en esta “voltereta” abandona (diría resignadamente) la explicación económica-mecanicista que había sostenido firmemente hasta entonces y recurre al final a una explicación de corte antropológico-humanista. Para ser más explícito: un corrimiento de un andamiaje argumental “dinámico-vectorial” (energías, fuerzas, cargas y descargas) proveniente de la fisiología médica propia de su formación académica, hacia un entramado explicativo más sustentado en los recursos epistemológicos de las “ciencias humanas”. Precisamente, este corrimiento constituye una de las líneas directrices principales que guían este escrito.

Primera tónica. Ensayando el anunciado recorrido –marcando solamente los hitos relevantes de “*mi lectura*” del concepto de inconsciente– podría iniciarlo señalando que, en su quehacer clínico, el hallazgo en la hipnosis, y luego en el “apremio asociativo” de recuerdos “patógenos” *desconocidos* por las propias pacientes histéricas, llevaron al joven Freud a preguntarse en qué lugar de la mente se hallaban tales recuerdos³. La respuesta puede leerse en la parte teórica del citado libro “Estudios sobre la histeria” (Freud, 1893/5,) en que discute y disiente fuertemente tanto con P. Janet como con J. Breuer⁴ quienes sostenían una opinión “estática” de la “segunda conciencia” y la de los “estados hipnoides” respectivamente, contra su convencida hipótesis de un “inconsciente dinámico”; hipótesis que luego se impondría en el corpus teórico psicoanalítico en forma definitiva; dinámico –no es ocioso recordarlo– en tanto se requería de una fuerza –el apremio– para vencer a otra contraria; ésta es, la fuerza de la “represión”; mecanismo que va a convertirse en el eje de la primera teoría constitutiva del psiquismo y de su psicopatología temprana. Un tiempo después, la férrea defensa de esta postura del creador del psicoanálisis puede re-

³ Cabe recordar que esto acontece luego de la experiencia de La Salpêtrière con Charcot y su encuentro con Bernheim en Nancy donde tomó conocimiento del fenómeno poshipnótico.

⁴ Con quien Freud comparte la autoría de este libro.

cabarse en su propias palabras: “[...]; pero la doctrina de la represión es una conquista del trabajo psicoanalítico, ganada de manera legítima como decantación teórica de innumerables experiencias” (Freud, 1914 b, p. 16). Prontamente, en los años que rodearon el cambio de siglo, con la sustitución de la teoría “traumática” por la teoría del “desarrollo sexual infantil” y el “análisis de los sueños” se consolida el diseño de un primer y completo aparato psíquico, donde el “deseo sexual” como motor dinámico de dicho aparato reemplaza en la teoría el efecto pujante que antes se asignaba a los “recuerdos traumáticos”. Es precisamente en el capítulo VII del libro de los sueños (Freud, 1900) donde se explyra en el diseño del aparato psíquico que luego fue calificado como la “primera tópica”. Esta primera tópica⁵, que replica el modelo neurológico de “arco reflejo”, está configurada por una línea recta que parte del polo perceptivo al polo motor y a la conciencia; la censura divide esa línea en un segmento inconsciente (sistema Inc.) poblado de “huellas mnémicas” agrupadas en diversas formas de estratificación (“Psicoterapia de la histeria”, Freud, 1893/5, véase “la triple estratificación”, p. 293) y en su segmento preconscious (sistema Prec.) que, con una segunda censura más laxa y dependiente de la voluntad, se separa de la conciencia (sistema Cc). Es asimismo en este mismo libro (capítulo VI) donde, a través del estudio de los mecanismos de la “elaboración onírica” o también llamado “trabajo del sueño”, se deslindan en forma detallada las leyes del funcionamiento del inconsciente: “condensación”, “desplazamiento”, “simbolismo”, “el cuidado de la representatividad” y la “movilidad libre de las cargas”: la carga “libre” o “ligada” va a diferenciar los “sistemas” inconsciente del preconscious respectivamente. La “interpretación” es considerada como el camino inverso al “trabajo del sueño” desandando el “contenido manifiesto” en dirección al “contenido latente” y al pujante “deseo sexual”, que habían caído en el inconsciente por acción de la censura (en el sueño) y la represión (en las neurosis). Lo central para el psicoanalista de esa época era ejercitarse en la tarea del

⁵ En realidad Freud ya había ensayado un “boceto” previo de aparato psíquico en 1985, en su “Proyecto de una psicología para neurólogos”. (Freud, 1895/50) que fue publicado después de su muerte.

“desciframiento”, que se extiende a abordar no sólo los sueños sino los síntomas neuróticos que comparten con los sueños un mecanismo similar. La tarea del psicoanalista de entonces comprendía, pues, la del arte de *descifrar*, preferentemente con la “escucha”, un texto: sueños, síntomas y actos fallidos; el marco referencial para operar tal desciframiento estaba constituido por las mencionadas leyes del funcionamiento inconsciente que se detallan, como ya he mencionado, en el citado capítulo de la “elaboración onírica”. Se trataba, entonces, de la acción de un operador “impersonal”⁶ que manipulaba un texto para arribar a una supuesta “verdad” que el paciente desconocía. Subrayo: en este tipo de concepción de la tarea analítica se consideraba contaminante o, en el mejor de los casos, una “resistencia” la aparición de una “relación personal”, siendo que el objetivo central de la cura era “recordar”. Por eso, la transferencia que en definitiva es —ni más ni menos— una relación personal debía ser expeditivamente neutralizada por la interpretación, restituyendo los anhelos pretéritos que se actualizaban en la transferencia al objeto original del cual partían⁷.

En la segunda década del siglo pasado con los trabajos sobre “metapsicología” (Freud 1915, a, b) es cuando se consolida el modelo que consagra esta primera tópica que exige, para considerarse metapsicológico, los tres niveles de análisis: tópico, económico y dinámico; y el estatuto de los diversos tipos de representaciones, su relación con la represión y la angustia. La “representación”, constituida por las “huellas mnémicas”, es considerada el contenido psíquico por excelencia proveniente siempre de la percepción externa, en tanto que el “monto o cantidad de carga” es siempre endógeno/a. Por consiguiente, en este primer tramo del desarrollo del psicoanálisis el inconsciente ocupa la escena central en la teorización: omnipresente, abarca la dimensión tópica, la descriptiva y la dinámica. La tópica, *el inconsciente*,

⁶ ¡Tan impersonal que debemos recordar que tanto Freud como Melanie Klein analizaron a sus propios hijos!, haciendo caso omiso de que eran —“casualmente”— sus progenitores en la vida real (Roudinesco, 1998, p. 353; Etchegoyen y Minuchin, 2014, p. 16).

⁷ A esta modalidad la he denominado “transferencia centrífuga” para diferenciarla de la tendencia de la escuela kleiniana de atraer todo el material asociativo del paciente a la transferencia que, por esa razón, denomino “centrípeta” (Arbiser, 2013, p. 95 y ss.).

como sustantivo connota su espacialidad virtual, el “sistema Inc”. La descriptiva, *lo inconsciente*, como adjetivo califica a los contenidos y abarca tanto los contenidos del sistema Inc como del Prec. La dinámica, *el inconsciente dinámico* se focaliza en la puja entre los poderes de los impulsos que pretenden manifestarse en la conciencia o en el acceso a la motilidad, versus el poder de la represión que se opone; donde, en definitiva, la frontera depende de la fortaleza de cada bando en pugna; por ejemplo, el dormir admite cierto relajamiento de las fuerza de la censura (represión) y permite la expresión del inconsciente a través del disfraz del “contenido manifiesto” de los sueños.

Segunda tópica. Pero curiosamente, por otra parte, también en esa misma década es donde se van gestando lo que podría denominarse precursores de la “segunda tópica” que, a mi juicio, como ya se anticipara insistentemente, iniciarían un camino de cambios decisivos de los paradigmas dinámico-vectoriales epistemológicamente subyacentes a la primera tópica; cambios, al fin, que despejan la ruta para arribar al diseño de un aparato psíquico más acorde a una visión del hombre inmerso en el mundo humano. ¡Admito que no era ésa la intención de Freud!, pero apunta, a mi juicio, en la dirección de una teorización que pone en consideración más a la “persona” y el entorno humano donde se inserta cada individuo; es decir, el ecosistema sociocultural, como lo sostengo en mi ya citado libro (Arbiser, 2013, cap. 7). Esta inflexión del rumbo teórico, paulatino pero irreversible, fue además decisivo para los desarrollos posteriores de muchos de los grandes pensadores que siguieron contribuyendo al desarrollo y actualización de la disciplina luego de la muerte del su creador⁸. Pero, aun antes de su muerte, la penosa disputa con su discípulo más entrañable –S. Ferenczi– vista desde una perspectiva actual, refleja esa

⁸ En mi opinión, no se pueda incluir a J. Lacan y sus seguidores en esa tendencia que trato de subrayar, en tanto que el énfasis en el inconsciente y la pulsión son reivindicados por estos pensadores en su proclamado “retorno a Freud”; aunque el trasfondo epistemológico no sea en ellos el vectorial sino el “estructuralista”. A otros autores franceses, aunque demuestran también un gran celo en ostentar su filiación freudiana, les debemos imperdibles adelantos teórico-técnicos. Destaco acá, entre muchas otras, la figura de André Green.

tensión en la concepción del psicoanálisis que, según la opinión de Axel Hoffer (1991), estaría centrada en dos puntos: a) el rol de la abstinencia, y b) recordar el pasado por reconstrucción vs. revivir el pasado en la situación analítica. Puntos que, además de insinuar el factor “personal”, flexibilizan en ponderable medida la tajante y aséptica alternativa que rezaba: “*per via di porre o per via di levare*”. Imre Szecsödy (2013) va más lejos aún, y califica al talentoso discípulo húngaro como “El primer intersubjetivista”, según reza el título de su artículo.

Volviendo a los aportes que preanunciaron el advenimiento de la segunda tópica, formalmente oficializada en su decisivo trabajo titulado “El yo y el ello” (Freud, 1923), enunciaré en forma sumaria los artículos freudianos que condujeron a ese desenlace. Ya en su “Introducción al narcisismo” (Freud 1914, a), además de plantear la aparición del Ideal del Yo como instancia heredera de la evolución madurativa del narcisismo, aparece la noción de una investidura que inviste primero a un “yo” y luego al “objeto” (en términos de “elección”); aunque no se trataba aún del yo como la instancia de un acabado aparato psíquico. En consecuencia, sin que se eclipse la noción de Inconsciente, la introducción del narcisismo da cuenta de la creciente complejización en la teoría y la técnica que imponen los abordajes de la psicopatología del psicoanálisis de esa época; psicopatología que necesitaba explicar la problemática de la alteridad (yo-no yo) y de las temáticas del amor, la idealización y la omnipotencia. Con el “Complemento metapsicológico a la doctrina de los sueños”, Freud (1915/7, b) se aleja en forma definitiva del diseño lineal del aparato psíquico (el neurológico arco reflejo) y conforma el órgano denominado “Percepción-Conciencia” como núcleo y antecesor de un yo (aunque todavía inexistente como instancia), órgano que opera como receptor perceptual que, en contacto con la realidad externa, ejerce su efecto sobre una parte del psiquismo, por una parte, y detecta de la interioridad sólo las sensaciones de placer y displeacer, por la otra. En el capítulo IV de “Más allá del principio del placer” (Freud, 1920) se extiende más detalladamente sobre las conjeturas de la ubicación y funcionamiento de dicho sistema Percepción-Conciencia.

Pero donde sostengo que se opera un mayor cambio en el rumbo del pensamiento psicoanalítico en relación al propósito central de este trabajo, es en la aparición del concepto de “identificación” como *constitutivo* del psiquismo: el aparato psíquico, a partir de esta “movida”, ya no sólo es “representacional” sino que es además un “mundo interno objetal”; postura y fundamental punto de partida de las decisivas contribuciones de R. Fairbairn, M. Klein y sus innumerables seguidores. Aparato psíquico que está en sintonía no sólo con el mundo “natural”, sino con el entorno “humano” que es —como vengo insistiendo— el *habitat* obligado de la especie. La “identificación” había aparecido en los primeros trabajos de Freud, pero sólo en términos de “mecanismo de formación de síntomas”, como en el paradigmático caso Dora. En cambio, en “Duelo y melancolía” (Freud, 1915/7, a) y en “Psicología de las masas y análisis del yo” (1921), la identificación, formando ahora sí parte constitutiva de la estructura del aparato psíquico, adquiere una total relevancia. Aquello que en su “Introducción del narcisismo” eran sólo las *voces* (representaciones auditivas) del Ideal del Yo y de la “conciencia moral”, en su posterior trabajo de 1921 ya se trata de un espacio poblado de “objetos internalizados”. Freud lo dice expresamente: “Repárese en que el yo se vincula ahora como un objeto con el ideal del yo desarrollado a partir de él, y que posiblemente todas las acciones recíprocas entre un objeto externo y yo-total que hemos discernido en la doctrina de la neurosis vienen a repetirse en ese nuevo escenario erigido en el interior del yo” (p. 123). Subrayo de esta cita de Freud: ¡un escenario “interior” donde se relacionan “objetos” entre sí! Con esto, insisto, pretendo volver a afirmar que el aparato psíquico de la segunda tópica adquiere una conformación más determinada por y acorde con el “mundo humano circundante”: el Yo, ahora sí como instancia de dicho aparato, contiene no sólo las identificaciones primarias, previas a toda unión con un objeto (Freud, 1923, cap. 3), sino que allí se alojan las identificaciones secundarias, decantadas como resultado de elecciones de objeto abandonadas, que contribuirían a dar forma al “carácter”; así como, asimismo, el Superyó se constituye a partir del sepultamiento del Complejo de Edipo y las consecuencias identificatorias de los

progenitores. Todo esto es para colegir que del Inconsciente ahora se conserva —más que nada— su dimensión descriptiva; es decir, sólo como atributo: el Ello *es* inconsciente, el Superyó *es* también inconsciente en gran medida; así también el Yo, especialmente en lo atinente a las “defensas”. Las metas terapéuticas, como ya lo vimos antes con la introducción del narcisismo, se van complejizando y extendiendo más y más al compás de la dilucidación de los efectos estructurales nocivos que el “instinto de muerte” opera sobre el Superyó; y, de este modo, ascienden a un lugar de notoriedad las temáticas el “sentimiento inconsciente de culpa”, así como su exteriorización, la “necesidad de castigo”; y así también como su expresión en el tratamiento psicoanalítico, la “reacción terapéutica negativa”. Esta, a mi entender, “humanización” del aparato psíquico que resalto de la segunda tópica es el primer paso que subsume —sin eliminarlo— la concepción de un inconsciente “vectorial” a favor de un aparato más adecuado al fin de atender, en el registro de la “dramática”⁹, los inevitables conflictos del hombre inmerso en el definitivamente imperfecto “contexto psicosocial”. Dramática que nos vuelve a referir al primer Freud del “infortunio ordinario” ya citado al principio de este trabajo (p. 2) cuando a modo de justificación reconoce el hallazgo que se esconde detrás de los síntomas: “[...] condiciones y peripecias de la vida [...] Ud. se convencerá de que es grande la ganancia si conseguimos mudar su miseria histórica en infortunio ordinario” (p. 309).

A partir de 1920 y hasta su muerte en 1939 surgen y se suceden, en consecuencia, una serie vertiginosa y decisiva de reordenamientos y novedades en la teoría al compás de la ampliación de los interlocutores del mundo psicoanalítico y de los desafíos que va planteando la clínica. Como hitos mencionaré, en forma muy escueta y condensada, sólo algunos; a saber: el cambio de la teoría de la angustia, ya antes recordada (p. 3), así como el desplazar la “represión” de su protagonismo central a un mecanismo de defensa más entre otros (Freud, 1926). Podemos también recordar la polémica con E. Jones respecto de la sexualidad femenina (Freud, 1925) que daría lugar a una aten-

⁹ En el sentido que le asigna J. Bleger, siguiendo a Georges Politzer.

ción mayor a los períodos “preedípicos” del desarrollo psicosexual, en su entramado con el “complejo de castración” y los diversos resultados en la constitución del Superyó en cada sexo. A su vez, el ahondamiento más pormenorizado en el estudio de la estructura del Yo da lugar a acuñar el concepto de “escisión” (Freud, 1927, 1940), que no se sostiene ya en la interface consciente/inconsciente, sino en dos partes del Yo; partes que se alternan respecto a aceptar o no un sector acotado de la realidad. Me estoy refiriendo a la “desmentida” (*Verleugnung*) y su correlato psicopatológico en las neurosis y en las perversiones.

Concluyendo, tal como fue anunciado en la página 4 de este escrito, “[...] con este (sucinto) recorrido de la obra freudiana –marcando solamente los hitos relevantes de ‘mi lectura’ del concepto de inconsciente” sólo pretendo transmitir mi opinión acerca de la multidimensional complejización del cuerpo teórico del psicoanálisis a lo largo del proceso de su dilatada elaboración; y, consecuentemente, afirmar que la centralidad –antes indiscutida– del inconsciente prevalente en el Freud de la “primera tópica” se fue opacando, precisamente en razón de tal multidimensionalidad. Por lo cual definir la operación analítica como la “exploración del inconsciente”, y entender su meta sólo en términos de “hacer consciente lo inconsciente” resultaba ya, a mi juicio, insuficiente a partir y más allá del diseño de su “segunda tópica”.

Finalmente, no es ocioso volver a reiterar que toda esta reflexión proviene de *mi* lectura. Tampoco es ocioso reconocer que existen muchas otras posibles lecturas; y cada una de éstas es, por fuerza, un recorte tendencioso (en el mejor sentido del término) de un sector determinado del saber; recorte destinado –en definitiva– a legitimar cada uno de los tantos paradigmas que matizan el amplio panorama del psicoanálisis contemporáneo; a su vez, dicha legitimación consiste –en su esencia– en fundarse y enraizarse en las tradiciones psicoanalíticas más consensuadas a fin de lograr sustento, coherencia y racionalidad en cada paradigma. *Mi* lectura también tiene la intención de recoger y sostenerme en tales tradiciones a fin de introducir mis propias ideas acerca de la teoría y de mi práctica del psicoanálisis. Estas ideas, a su vez, están enraizadas y pretenden ser un posible desarrollo de algunas

de las originales enseñanzas de Enrique Pichon Rivière y de muchos de sus destacados discípulos, ideas en gran parte expuestas en mi ya citado libro (Arbiser, 2013).

Bibliografía

- Arbiser, S. (2013): *El grupo interno. Psiquis y cultura*. Buenos Aires, Biebel.
- Bleger, J. (1963): *Psicoanálisis y materialismo dialéctico*, cap. 4. Buenos Aires, Paidós.
- Etchegoyen, H., Minuchin, L. (2014): *Melanie Klein, Seminarios de introducción a su obra*. Buenos Aires, Biebel.
- Freud, S. (1893/5): Estudios sobre la histeria. *Obras completas*, T. II, Buenos Aires, Amorrortu.
- (1900): La interpretación de los sueños. *Obras completas*, T. IV y V, Buenos Aires, Amorrortu.
- (1912): Trabajos sobre técnica psicoanalítica. *Obras completas*, T. XII, Buenos Aires, Amorrortu.
- (1914, a): Introducción del narcisismo. *Obras completas*, T. XIV, Buenos Aires, Amorrortu.
- (1914, b): Contribución a la historia del movimiento psicoanalítico, *Obras completas*, Tomo XIV, Buenos Aires, Amorrortu.
- (1915, a): La represión. *Obras completas*, T. XIV, Buenos Aires, Amorrortu.
- (1915, b): Lo inconsciente. *Obras completas*, T. XIV, Buenos Aires, Amorrortu.
- (1915/7, a): Duelo y melancolía. *Obras completas*, T. XIV, Buenos Aires, Amorrortu.
- (1915/7, b): Complemento metapsicológico a la teoría de los sueños. *Obras completas*, T. XIV, Buenos Aires, Amorrortu.
- (1920): Más allá del principio del placer, *Obras completas*, T. XVIII, Buenos Aires, Amorrortu.
- (1921): Psicología de las masas y análisis del yo. *Obras completas*, T. XVIII, Buenos Aires, Amorrortu.
- (1923): El yo y el ello. *Obras completas*, T. XIX, Buenos Aires, Amorrortu.
- (1926): Inhibición, síntoma y angustia, *Obras completas*, T. XX, Buenos Aires, Amorrortu.
- (1927): Fetichismo. *Obras completas*, T. XXI, Buenos Aires, Amorrortu.

- (1940): La escisión del yo en el proceso defensivo. *Obras completas*, T. XXIII, Buenos Aires, Amorrotu.
- Hoffer, A. (1991): The Freud Ferenczi controversy. A living legacy. *Int. Jour. Psycho-Anal.*, 18, 465, 1991.
- Ricoeur, P. (1970): *Freud: una interpretación de la cultura*. México, Siglo Veintiuno, 1999.
- Roudinesco, E., Plon, M. (1998): *Diccionario de psicoanálisis*. Buenos Aires, Paidós.
- Szecsödy, I. (2013): Sándor Ferenczi: el primer subjetivista. *Revista de la Sociedad Argentina de Psicoanálisis*. n. 17, 2013. Buenos Aires.